

# De la confrontación democrática

Las transiciones son propicias para la emergencia de la diversidad ideológica, de intereses contrapuestos y de enfrentamientos personales, más aún si reconocemos la diversidad de realidades fragmentadas y excluidos que presionan por un nuevo espacio. Por ello, no debiera sorprender la confrontación de posiciones, los choques de poderes y la sospecha continua sobre las intenciones de los actores, tanto nuevos como tradicionales. El camino para alcanzar la unidad y la racionalidad de las prioridades en una democracia representativa y participativa pasa por aceptar y superar los disensos, los conflictos de intereses, ideales y experiencias mediante el diálogo constructivo hacia una meta común.

La lógica de nuestra historia republicana ha estado signada por "ciclos cerrados". Muchas referencias indican que cada cuarenta años surgen nuevas propuestas y protagonistas que desplazan a los anteriores, demonizando todo lo realizado y descalificando toda posibilidad de discernimiento sobre lo construido como algo inevitable. No creemos en determinismos a ultranza; por lo que pretender nacer cada cuarenta años, es tan absurdo como pensar que de la noche a la mañana se decreta la unidad y el consenso en una democracia política participativa.

## Editorial

### De donde venimos...

Ya la Constitución de 1961 estableció los principales derechos económicos y sociales cuyas bases jurídicas daban oportunidades a grandes sectores de la población. Hubo compromiso y avance en las primeras décadas. Para nadie es un misterio que dicho proceso se interrumpió, generando en los últimos veinte años el empobrecimiento y la exclusión que hoy conocemos y vivimos. Por lo que resulta altamente racional entender cómo la explosión de las aspiraciones de inclusión social, de alternativas y oportunidades de los grupos desplazados, pasa por la confrontación y desplazamiento de las estructuras y protagonistas tradicionales a quienes se les responsabiliza del desmoronamiento del proyecto democrático representativo.

Es necesario superar los "ciclos cerrados" reconstruyendo los espacios políticos mediante la valoración de las conquistas alcanzadas y el discernimiento de las murallas que impidieron su consolidación. Por ello, la confrontación no puede ser un fin en sí mismo, ni un medio de proyección de protagonismos vacíos, sino el instrumento de aprendizaje y diálogo, de reconocimiento "del otro" en la corresponsabilidad por lograr la convergencia de intereses y posiciones contrapuestas en un proyecto común. Si no entendemos la confrontación como ingrediente para el diálogo, estaríamos repitiendo la historia por todos conocida, en donde las lealtades sectarias desplazan la experiencia, la racionalidad y la convocatoria de voluntades, porque "no vale ser ciudadano, sino estar con los de arriba".

### Vientos de incertidumbre

La percepción de cambio en las reglas de juego, crea una sensación de "desorden" donde cada vez menos sabemos a qué atenernos. Las transiciones son procesos en donde lo inesperado y lo posible son tan importantes como lo usual y lo probable. Son tiempos proclives a buscar comparaciones nostálgicas con el pasado, sin percatarnos que precisamente el cambio que emerge y se busca como producto del agotamiento de las posibilidades de ese pasado.

También favorece la incertidumbre el avance del conocimiento de la diversidad social. Lejos quedan las respuestas simplistas voluntaristas, -como aquello de que el pobre, es pobre porque quiere- y es necesario enfrentar la complejidad del cuerpo social para superar desigualdades y favorecer la competitividad en un mundo globalizado. La democracia ha sembrado la conciencia de los derechos y de las aspiraciones individuales, con lo cual hay que resolver el dilema planteado entre la "democracia social", que exige la igualdad de derechos y obligaciones de todos en las decisiones que les competen, y la "democracia económica", que plantea para todos el acceso y disfrute de bienes y servicios generados por la sociedad. ¿Será posible hacer compatibles los procesos de participación equitativa en las estructuras sociales con la distribución equitativa de los beneficios generados a través de decisiones colectivas? Estos dilemas están presentes en los procesos de modernización, democratización y, por supuesto, globalización y hoy por hoy requieren un diálogo entre las necesidades de la coyuntura presente y las exigencias del largo plazo.

## La confrontación puede ser constructiva

Las propuestas contra la corrupción, el abuso del poder, la aplicación de sanciones efectivas están a la orden del día, casi puede decirse que copan el espacio de debate público. Con ello probablemente nos olvidemos que las instituciones reproducen sus propias conductas y se repite la historia. Lo que sí es importante destacar es el sentir de la gran mayoría de los venezolanos. La gente siente que se ha sustituido el sentido de responsabilidad personal por lo meramente legal. La práctica imperante ha consistido en evitar la sanción penal por cualquier medio o buscar el uso abusivo de los intersticios del poder a nuestro favor. Estamos convencidos que la mayoría de la gente entiende la ética como responsabilidad personal inalienable, sustentada en un conjunto de contenidos no negociables. Por ello, las propuestas de rectitud personal en el manejo de lo público, de construir y acceder a una verdadera justicia, son el alimento natural de la confianza y esperanza del cambio y el ansia de participación popular.

Estamos ante un país políticamente dividido. Esto puede profundizar la tentación de imponer las reglas del juego porque "somos los vencedores", en cuyo caso el resultado es previsible: se profundizarán las diferencias mediante la confrontación y vendrá el desgaste producto de la resistencia pasiva. Sin embargo, creemos que puede ser la oportunidad de enriquecer el debate para consolidar los necesarios espacios de inclusión popular y movilizar las capacidades para reconstruir el espacio que permita el encuentro entre los problemas del Estado, aquellos propios del crecimiento productivo y la integración social de la diversidad.

Surge también la confrontación, la diversidad ideológica. No es difícil observar la contraposición entre nacionalismos, populismos o economías de mercado o ajustes draconianos como ideales para la reconstrucción democrática. El dilema reside en reconocer la necesidad de la voluntad de la gran mayoría

de hacerse escuchar y de intervenir en las decisiones que le afectan, porque de lo contrario no habrá confianza ni deseo de hacer un proyecto democrático. Sabemos que -además de un quehacer democrático- es imprescindible generar una conciencia democrática que reconozca la diversidad de intereses, opiniones y condiciones de las diferentes realidades de los pobladores.

Una visión constructiva de la confrontación conlleva el reconocimiento de las expresiones más disidentes existentes en la sociedad. Ante la anarquía y el "desorden" que pudieran surgir, existe la Ley como árbitro de las diferencias y facilitador de los consensos. El descalificar las normas jurídicas o las intenciones de los actores tradicionales no significa que la Ley no exista y que el diálogo no tenga legitimidad. Tengamos claro que la disidencia es consustancial a la democracia y la confrontación es propia de los procesos democráticos. Pero no se agota en las contraposiciones, sino que se abre a la negociación de las diferentes posiciones para construir un proyecto de convivencia social. Pensar que las contraposiciones de poder son el fin de un proceso de cambio, es mantener una actitud recaltrante de que el país no puede cambiar.

## En el camino del entendimiento existe el diálogo

Existe una confusión en pensar que la modernización implica acabar con la cultura popular. Se desconoce así que nuestra cultura suburbana popular -en donde vive la gran mayoría de la gente- está abierta desde hace mucho tiempo, tanto a los bienes de la última revolución tecnológica, como a la cultura de los derechos humanos y a la democracia. Esta apertura acarrea transformaciones en las culturas populares que llevan a cabo estos mismos sujetos desde dentro, para seguir siendo lo que son y no otra cosa. Tiene, por lo tanto, para estos grupos un profundo significado de emoción y esperanza que "alguien", que al parecer tiene su mismo imaginario cultural, propusiera un proyecto de país y que luego los represen-

tara como su presidente y los incluyera políticamente. El camino para el diálogo y el entendimiento requiere, entonces, reconocer la presencia y esencia de la cultura popular y sus exigencias éticas de responsabilidad personal.

Por otra parte, sabemos que no son sinónimos el pensar y el hacer, como tampoco lo son tomar decisiones y asumir compromisos. Si no hay voluntad, confianza y responsabilidad el diálogo es simplemente autista.

El entendimiento constructivo requiere que quienes se han mantenido al margen del debate democrático, por una parte, entre quienes con posiciones legítimas no han logrado articular una propuesta alternativa, por otra, y finalmente entre aquellos que conforman el proyecto "Polo Patriótico" reconozcan que más allá de la coyuntura inmediata, existe la urgencia de reconstruir no sólo el quehacer sino la conciencia democrática, para ofrecer y abrir reales oportunidades de un lugar digno a los empobrecidos y excluidos.

Estamos conscientes de las posibilidades, hemos visto cómo en los grandes choques de trenes se busca entendimiento. Pero, reiteramos, el diálogo es intercambio no imposición, es reconocer la interdependencia entre las decisiones y las acciones, exige compromiso personal y plena confianza en la capacidad de construir día a día, requiere instituciones políticas que faciliten que todos los venezolanos podamos ser actores y disfrutadores de nuestra democracia.

---

# al diálogo permanente